

NOTAS Y COMENTARIOS

ESCRITORES CRISTIANOS FRENTE AL COMUNISMO

Entre los libros de autores cristianos sobre el comunismo, encontramos expuestos principalmente los puntos siguientes: *peligro actual del comunismo*; *actitudes erróneas con que se le combate*; *auténtica actitud cristiana frente al comunismo*; *causas diversas de su expansión*; *su contenido doctrinal*; *su origen y procedencia filosófica*, y *su desarrollo histórico*.

Entresaquemos de la lectura de algunas obras recientes algunos de los pensamientos más interesantes sobre los temas enumerados (1).

Peligro comunista

Atilio García Mellid es un diplomático argentino, escritor de profesión y conferenciante distinguido en diversos centros culturales del mundo.

En 1954 dió un cursillo sobre el *Marxismo*, en la Universidad de Santiago de Compostela, y aquellos apuntes y notas fueron la base de su libro *Explicación del comunismo a la luz de la filosofía cristiana*, en el que se propone «ofrecer un cuadro válido y concreto del origen, naturaleza y desarrollo de dicha ideología».

Su trabajo es denso y completo en la exposición doctrinal del comunismo, seguro en su refutación, sólido en la doctrina filosófica y teológica que le contrapone y ágil y correcto en la expresión.

(1) ATILIO GARCÍA MELLID: *Explicación del comunismo a la luz de la filosofía católica*. Aguilar S. A., Madrid, 1955.

HENRI ARVON: *Le marxisme*. Collection Armand Colin, París, 1955.

AURELE KOLNAI: *Errores del anticomunismo*. Ediciones Rialp, S. A., Madrid, 1952.

M. FRAIGNEUX: *El comunismo, mística inhumana*. S. E. Atenas, S. A., Madrid, 1952.

JOAQUÍN CARDOSO, S. J.: *El comunismo y la conspiración contra el orden cristiano*. Editorial «Buena Prensa», S. A., México, 1950.

Ya Florentino Embid, en el prólogo que le dedica, observa certeramente que el comunismo «es el tema más acuciante del mundo de hoy». Tema de apasionante interés teórico y práctico, porque en ambos órdenes el comunismo es una gran amenaza y amenaza inminente.

El comunismo es un movimiento de suversión total de la vida en el mundo, que empuja por arrollarlo todo: «Pero, sobre todo, lo que del comunismo nos afecta a los hombres de hoy, es que está ahí, llamando desde el umbral de nuestra misma casa, gritando para que se le abra o amenazando con forzar la puerta. Nos importaría mucho menos si se tratara de algo que sucedió en el siglo XVIII o en el XIII o en la Antigüedad; y esto aunque conservara viva, como siempre se conserva en la Historia, una acción normativa y determinante sobre nuestras posibilidades de acción y de futuro. Nos importaría también mucho menos si, aun siendo una amenaza, fuese una amenaza lejana, que descubriésemos o intuyéramos en el porvenir, pero sin la inquietante proximidad espacial y temporal con que hoy se nos impone» (pgs. 9-10).

Por su parte, el autor de este libro, al cerrar su estudio, nos da esta consigna: «Vivimos una hora de inmensos peligros; es necesario que las inteligencias y las voluntades cristianas se percaten de esta situación. No hay posibilidad de tregua ni de pacífica convivencia» (pg. 183).

Esta consigna y conclusión resume los *tres axiomas* que había asentado al principio de su trabajo y que constituyen la raíz de esa peligrosidad del comunismo: «Las conclusiones objetivas a que he arribado pueden concretarse en *tres axiomas* fundamentales: 1) El marxismo es *un sistema integral*, dotado de diabólica coherencia, sea cual sea el nombre, matiz o táctica que adopte; 2) Su *tendencia expansiva* es una necesidad imperiosa e irresistible, porque se siente a sí mismo como instrumento consciente y voluntario de la materia, y parte principal en el proceso dialéctico de la historia, y 3) Las tentativas apaciguadoras o de *coexistencia pacífica*—aparte de desconocer la esencia de tan perversas doctrinas—son contrarias al interés natural y destino sobrenatural de la cristiandad» (pgs. 20-21).

Actitudes erróneas frente al comunismo

El profesor de filosofía política en la Universidad Laval de Quebec, Aurèle Kolnai, hace en su libro *Errores del anticomunismo* un análisis detallado y realista de los argumentos que se esgrimen comúnmente contra él, y que no pocas veces son tan incompletos, que más le favorecen que le combaten. Este trabajo, como dicen los editores, constituye «un vibrante toque de alerta a los ambiguos, a los tibios y a los confusionistas». Ciertamente, este estudio, no muy extenso en páginas, es de lo más vigoroso y convincente que se ha escrito sobre la actitud decidida y plena que se debe tomar frente al comunismo.

Cataloga la argumentación deficiente, que suele proponerse contra este sistema, en cuatro grupos principales, señalando en cada uno diversos argumentos.

En el aspecto *pragmático o circunstancial*, muchos sólo consideran al comunismo como una *doctrina económica* opuesta al capitalismo, ya que en éste los medios de producción se reducen a la propiedad privada, mientras aquél propugna la propiedad colectiva. Recomiendan, pues, la *coexistencia* paralela, procurando la mutua comprensión y el mayor acuerdo posible.

Ambas acepciones—observa Kolnai—son muy inexactas, pero especialmente es inadecuada la del comunismo, que en modo alguno se puede identificar con un sistema económico, pues su doctrina y sus aspiraciones son totales y radicales, proponiéndose nada menos que el aniquilamiento de la sociedad, que califica de capitalista, en todos sus aspectos y con todos sus valores.

Para otros, el comunismo se reduce a un fenómeno *geográfico e histórico*. Es el despotismo oriental, fruto del alma asiática, como antes lo fué el zarismo. Allá se las hayan. ¿Por qué hemos de intentar imponerles nuestro sistema de gobierno y nuestro género de vida?

Esta actitud no puede ser más equivocada. Ignora el carácter esencialmente combativo y universalista del comunismo, frente al cual ni es posible el aislamiento y la mutua independencia, ni basta la mera potencia defensiva, pues sería una medida anticuada e inadecuada.

No faltan otros resignados que consideran la potencia rusa invencible y proponen asegurar las condiciones relativamente más favorables, evitando destrucciones inútiles.

Pura ilusión, pues bajo el comunismo no se puede esperar la conservación de «algunos de nuestros valores». Ni es justo esperar a que Dios lo destruya, pues ciertamente El triunfará, pero exige la cooperación de las causas segundas, que somos nosotros.

Por último, algunos optimistas esperan que por sí solo se disolverá en la agitación de los problemas domésticos.

Es necesario darse cuenta de que el comunismo es una fuerza real y extraordinaria, tan difícil de dominar y someter, como de poder soportar.

Otra serie de argumentos ineficaces se basan en la fascinación que la doctrina comunista ejerce sobre algunos occidentales imbuídos de *ideas progresistas*.

Así arguyen que la realidad soviética no responde al *ideal* comunista, pues no ha logrado la elevación que prometía; antes bien ha sustituido una burguesía por otra.

En el fondo, por tanto, estos argumentos destacan la aceptación del ideal comunista, lamentándose de su incumplimiento. Pero «es preciso aceptar el infierno o renunciar al paraíso: la alternativa es rigurosa, aunque innumerables espíritus confusos (trotskistas, pinskas (rojillos), liberales, que profesan la máxima de «nada de enemigos a la izquierda») intentan escapar indefinidamente de ella» (pg. 55).

También es pobre la argumentación de los que condenan el comunismo porque no es una dictadura del proletariado, sino una dictadura que oprime al proletariado. Una dictadura de la democracia, de la policía secreta, etc.

Sin embargo, «el hecho es que realmente ha abolido, o está, al menos, en vía de abolir el régimen de clases, salvo en lo que atañe al privilegio artificial, mantenido por el poder estatal, de la clase proletaria, en tanto que aún subsisten elementos de otras clases» (pg. 60). Más aún... «en cierto sentido, muy real, es el proletariado quien ejerce la dictadura y la «voluntad del pueblo» la que gobierna. Porque hay una voluntad organizada y tensa que domina *toda* voluntad particular (incluso la de aquellos hombres que contribuyen a forjarla y formularla y que son sus instrumentos elevados, por lo que se refiere al *resto* de su ser), y que impide que puedan formarse intereses de grupos autónomos o esbozos de clases» (pg. 61). «El comunismo—advierte muy bien Kolnai a los demócratas liberales—no es un régimen execrable por ser contrario a la voluntad del pueblo, sino por ser esencialmente un desafío lanzado a la soberanía de Dios. El comunismo viola el orden divino de la naturaleza no porque sea una dictadura del proletariado imperfecta, sino porque intenta serlo perfectamente» (pg. 63).

No faltan quienes reducen sus reparos a decir que el comunismo es un régimen de fuerza, de disciplina y dominio de la colectividad sobre el individuo, en contra del liberalismo democrático y progresista.

En rigor, al comunismo no se le puede enfrentar victoriosamente la democracia liberal y capitalista, cuyos graves defectos ellos califican, no sin fundamento, de imperialismo norteamericano. Antes bien, «tenemos necesidad también de un pensamiento integralmente anti-comunista, cristiano y conservador, que tenga el valor de desenmascarar, de refutar y aniquilar las bases, la médula, el nervio mismo del «impulso progresista», comenzando por el pensamiento moderno como tal: nominalismo, cartesianismo y sistemas panteísticos con sus consecuencias y sus vestigios, que es lo que constituye «THE MODERN MIND» (p. 68).

Para muchos otros de estos progresistas modernos, finalmente, la raíz del mal no está en Marx y su doctrina, sino en Stalin y sus secuaces, que han abusado de ella, reviviendo con su «zarismo rojo» el imperialismo ruso.

«No nos detendremos—dice Kolnai—en la cuestión espinosa y cargada de equívocos, de si es cierto que «el pueblo ruso quiere el comunismo» (pg. 74). Es indudable que «para Rusia, y sólo para ella, el comunismo es un producto autóctono, un azote de fabricación doméstica, una «gloria» nacional».

«Por mucho que digan los emigrados rusos (anarquistas, socialistas, liberales, zaristas)—escribe Kolnai—el *destino nacional* de su país está estrechamente ligado, en la hora actual, al destino del bolchevismo mundial. No podemos destruir este último sin asestar un terrible golpe a Rusia como tal; por consiguiente, para ser—como es nuestro deber y nuestra única salvación—anticomunistas radicales, inte-

grales y sin reservas, tenemos forzosamente que ser antirusos con moderación, con reservas, sin estúpida patriotería ni odios indignos de un cristiano». Por otra parte, «si bien el comunismo internacional, universal, humanitario, está impregnado—por poderosas razones de accidente histórico—de un matiz de «imperialismo ruso», en realidad es siempre el comunismo la fuerza primordial, y el imperialismo ruso queda relegado a un segundo plano de elemento accesorio, aunque muy importante... De lo que se trata es de una *religión-sustituto universal*, que lleva inserta en su mismo contenido la omnipotencia física de la organización de sus adeptos, y que promete la solución total, el paraíso terrenal, en cuanto que está dispuesta a reconocer a la humanidad sus rasgos característicos y la realización de sus anhelos más profundos, y el aniquilamiento sin piedad de la humanidad que se resista» (pgs. 76 y 79).

Una tercera serie de argumentos que analiza Kolnai se apoya en la interpretación pseudocientífica del comunismo.

El primero de ellos da por buena la implantación del sistema, como exigencia de la moderna industrialización. Debemos aceptarlo y él se irá suavizando al no encontrar oposición.

Kolnai observa que «los Estados Unidos, más industrializados que la Unión Soviética en la actualidad, no sienten la necesidad intrínseca de transformar su democracia liberal, basada en una constitución bastante anticuada, en democracia popular, sinónima a dictadura del proletariado» (pg. 85). Por eso «la tarea que nos incumbe es asegurar la derrota total del totalitarismo comunista, que será al mismo tiempo una victoria relativa y precaria de la civilización» (pg. 91).

Muchos más son los que propagan que el comunismo es producto del hambre y de la miseria, y que su mejor remedio consiste en dar víveres y medicamentos a los pueblos necesitados.

Qué duda cabe que la necesidad es el mejor clima para el desarrollo del comunismo. Pero no se debe olvidar que esas situaciones críticas «no es la desnudez del pueblo quien las trae, sino la corrupción intelectual y la degradación moral de las clases dirigentes».

«Ahora bien, nosotros ya no nos encontramos en esta situación —dice Kolnai—. No es la revolución comunista lo que más debemos temer en nuestro país, ni, evidentemente, tampoco es la sublevación de las masas exasperadas en los países comunistas lo que debemos temer en modo alguno. Se trata de algo muy distinto: ¿Cómo hacer frente al inmenso poderío militar, político y económico del imperio comunista, que aspira a la dominación del mundo y a las temibles fuerzas auxiliares de que dispone en el seno de nuestra misma sociedad?»

Innegablemente, para poder abordar esta empresa heroica es necesario, entre otras cosas, combatir la miseria e impedir la anarquía de los países libres que están amenazados. Pero esto no es acabar nuestra tarea; equivale solamente a hacer un poco más difícil la del enemigo.

En cuanto al proyecto genial de apaciguar a este enemigo con envíos caritativos y otras contribuciones a su prosperidad, está inspirado

en un desconocimiento absoluto del carácter del régimen comunista, en una espantosa ignorancia, que esperamos que esté a punto de desaparecer» (pg. 94-95).

También Mellid insiste en esta sabia actitud: «Entre las opiniones que deben desecharse figura la que pretende que el comunismo es un producto de la miseria de las masas... La falsedad de este supuesto es fácilmente demostrable. Los más ávidos propagandistas del marxismo, ¿no son individuos salidos de las clases dirigentes: intelectuales, profesionales, militares? En ninguno de los países que integran el régimen comunista, los cuadros que promovieron y dirigen la «revolución proletaria» salieron de las filas obreras. Por el contrario, su condición intelectual y su *standard* de vida los alineaba más bien en las llamadas «clases favorecidas» (pg. 150).

El mismo fondo que el argumento expuesto tiene el de los que afirman que el comunismo brota de la injusticia social, y que, por tanto, implantando la justicia social, se corta el camino al avance comunista.

«La táctica católica o democrática de la justicia social—escribe Kolnai—será siempre y en cierto modo peligrosa; en todo caso, un arma de doble filo. Si puede disminuir el impulso del movimiento subversivo, puede también envalentonarlo... Estamos frente al monstruo gigantesco formado, organizado, armado, soberanamente real y presente del imperio comunista, decidido a destruirnos de raíz, sin reparar para nada en lo poco o mucho de justicia social que haya en nuestra sociedad» (pgs. 102-103). Por eso, además de nuestra enmienda, positiva y ejemplar, debemos procurar el ataque directo por todos los medios, pensando que «siempre será verdad que el mal en general, y sobre todo el mal representado por una realidad pujante, constituida bajo su signo—un sistema de corrupción y tiranía—, debe ser conocido, estudiado, odiado y combatido directamente para ser eliminado» (pg. 105).

Algunos proponen combatir el comunismo solamente en el plan ideal, oponiendo a su mística la mística cristiana con la misma unidad, tensión y fanatismo.

Hay que ser realistas, y oponerle todos los recursos de que podemos disponer sin aspiraciones utópicas. «Librémonos, pues, de esta obsesión, de esta fascinación, esta hipnosis indigna y peligrosa: dejemos de envidiar la certeza absoluta, el activismo integral, la entrega total, la vida enteramente polarizada, el ideal único y absorbente de las juventudes comunistas, de los héroes, de los posesos, de los teócratas e idólatras del campo enemigo. No es imitando su convicción y su unidad como los venceremos, sino con una unidad imperfectamente realizada, y coordinada mejor que integrada, con una gran multiplicidad de firmes convicciones, de motivos poderosos, de voluntades de lucha, que sean convergentes más que reductibles a un esquema unitario... Indudablemente, mientras subsista una huella de poder comunista, el anticomunismo como tal debe ser mantenido como principio especial y hasta como principio coordinador,

soberano y hegemónico de todas nuestras acciones relacionadas con la vida pública» (pgs. 106, 107, 109).

La posición de los que creen que el terror comunista proviene del temor a una intervención extranjera, es mucho más ingenua. «En realidad, el terror totalitario existe, no en función de la amenaza del extranjero, ni siquiera del enemigo interior..., sino simplemente en función del totalitarismo como tal» (pg. 102).

Por último, otra serie de argumentos anticomunistas están inspirados en motivos religiosos, pero no sólo son insuficientes, sino que resultan hasta peligrosos para el mismo cristianismo, por la manera de proponerlos.

Afirman unos que sólo debe rechazarse el marxismo por antirreligioso y anticatólico, pues sus fines políticos, sociales y económicos, son indiferentes e incluso laudables. Hasta con un poco de buena voluntad pudiera llegarse a una mutua inteligencia.

«En realidad—dice Kolnai—lo que con esto hacemos es simplemente invitar al adversario a que abandone su identidad, arriesgándonos a perder la nuestra... Los cristianos demócratas, laicistas, apolíticos o progresistas, que se devanan los sesos para convencer a los comunistas de la inutilidad de su ateísmo o anticristianismo, son comparables, en cierto modo, al elefante que intentase hacer ver al tigre que sería un tigre perfecto si se libraba de sus dientes y de sus garras y se alimentase de hierbas...» (pgs. 120-121). Ciertamente que el matiz antirreligioso es el más sustantivo del comunismo, pero aunque otros aspectos, como el material, el económico, el político y el social, se puedan distinguir de éste, no por eso se pueden separar con absoluta independencia, ni se pueden aceptar en el sentido y la forma que lo enseñan y practican los comunistas.

Aceptado el sentido ateo y antirreligioso del comunismo, dicen otros, cuidémonos de dar la impresión de que lo combatimos simplemente como comunismo, es decir, como doctrina social y política, pues apareceríamos como políticos reaccionarios y no como defensores de la fe religiosa.

«He aquí la respuesta inmediata que conviene dar—responde Kolnai—: la verdad es que si no combatimos moral e intrínsecamente al comunismo desde el punto de vista político (incluido el aspecto internacional), social y económico, también le *combatimos mal desde el punto de vista religioso*... El comunismo no es una cosa buena o indiferente, a la que, de modo secundario y por desgracia—y hasta inseparablemente en el plano histórico concreto—se mezcla un perverso elemento de irreligión. Al contrario, es una cosa absolutamente mala *en sí*, sin que haga falta considerar su actitud explícita con relación a Dios y su culto, a la fe y a la Iglesia; y es una cosa tan sumamente mala en sí, porque su motivo central es el ateísmo y el anticristianismo tomado en toda su amplitud» (páginas 124 y 127).

Puesto que el comunismo es un materialismo crudo, que reduce al hombre a simple máquina, ¿no bastará con oponerle el hombre occidental libre y en sus buenas condiciones económicas?

No es suficiente. «Estas verdades parciales, así enunciadas, inducen fácilmente a su supervaloración. No constituyen la verdad central: Pecan de exageración y superficialidad y se prestan a atinadas objeciones... Sin duda es justo y necesario atacar el materialismo y el maquinismo comunista, pero a condición de que no se crea con eso haberlo dicho todo; no olvidemos hasta qué punto merece la misma crítica nuestro mundo industrialista, economista y progresista; veamos estos aspectos del comunismo en relación con otros más esenciales y característicos: el ateísmo y el anticristianismo... Para volver a concentrar las ideas en cuyo nombre podamos combatir al comunismo de una manera consecuente, profunda y radical, atacando sus presupuestos esenciales y no sólo sus manifestaciones concretas...; tengamos que remontarnos, no *al individualismo ni al humanismo, sino mucho más allá*» (pgs. 131, 133, 137).

Tabién hay resignados para quienes el comunismo encarna una idea que no puede destruirse a cañonazos, ni siquiera con silogismos; más aún, aunque sus medios son perversos, los fines que persigue no son malos.

Cierto que el comunismo encarna una idea. «La malicia de la idea que consideramos, así como el peligro que encierra, están en proporción directa con lo que tiene de vasta, universal, poderosa y seria, y, en este sentido, de generosa y sublime» (pg. 139). Pero en modo alguno puede admitirse que su fin sea bueno. Por eso, «los malos pastores, que intervienen activamente a fin de paralizar las voluntades empeñadas en la lucha contra la idea comunista...; serán, en verdad, los réprobos de la historia, los tibios arrojados de la boca del Señor... Si es cierto que los comunistas persiguen un buen fin, aunque por medios malos, ¿qué se deduce de esto? Al admitir esta fórmula infundimos primeramente—en nuestro espíritu, entiéndase bien, no en el de los comunistas—la *atmósfera de un acuerdo en lo esencial*, admitiendo a continuación que está *secundariamente* alterada, por el modo de obrar de nuestro antagonista, al que ya casi consideramos como nuestro compañero de juego. Puesto que nos entendemos en lo más importante, ¿vamos a hacer demasiado caso de los puntos de vista subsidiarios que nos dividen? De ningún modo. Al ser idénticos los fines, no podemos menos que entendernos acerca de los medios» (pgs. 141-142). Ahora bien; «lo que define un carácter dado, individual o colectivo, lo que expresa el elemento esencial y distintivo de este hombre, aquel grupo social, tal partido o movimiento, lo que puede servir de base para juzgarlo, es su concepción de la vida, de la naturaleza humana, de su propia actividad principal, del papel que está llamado a desempeñar, y no un fin arbitrariamente aislado, más o menos oficialmente formulado y unilateralmente atribuído por un crítico complaciente u hostil; ni tampoco tal medio in-

moral que se le ha visto emplear, o del que se ha abstenido laudablemente en cierta ocasión» (pg. 147).

Finalmente, Kolnai contesta a la pregunta que se hacen muchos, quizá entre los mejores, de si vale la pena de combatir al comunismo para salvar la civilización contemporánea tan llena de lacras.

Hay que partir *del orden de urgencia*: «En la época actual, combatir al comunismo—el mal más inminente, inmediato, intenso, el más directamente representativo de la malicia del demonio—es la tarea suprema, central, la que priva sobre toda otra y a la que conviene supeditar cualquier punto de vista concreto y todo interés actual» (pg. 154). Además hay que aceptar el *mal menor*, pues indudablemente la democracia liberal y capitalista, con todas sus deficiencias, constituye un mal menor respecto del comunismo, a cuya aspiración aniquiladora debemos oponernos con todas las fuerzas.

Desde luego que una vez eliminado este peligro inminente y destructor, debemos luchar por remediar esas graves deficiencias que también oscurecen la vida de la sociedad occidental.

Actitud cristiana

Todos los escritores formulan la misma conclusión, aunque pocos hayan hecho el recorrido detallado y penetrante de Kolnai para demostrarla. La actitud cristiana frente al comunismo tiene que ser *total, en bloque y sin posibilidad de condescendencias*.

«No hay, pues, método más apropiado para desalentar a los comunistas—escribe Mellid—que negar *en bloque* la posibilidad de que el reino carnal y material sea alcanzado. Hay que reeducar las mentes extraviadas y recuperar la capacidad psíquica y emotiva del hombre para que retome su auténtico destino providencial. Siendo, la del marxista, una emotividad orientada hacia el plano de la salvación terrena, es preciso actuar sobre los *resortes emotivos* más que sobre los *mecanismos intelectuales*. Y revivificar la concepción cristiana del destino sobrenatural del ser sujeto a Dios; así se advertirá que únicamente por la vida de la salvación divina se pueden alcanzar los bienes imperecederos. Un programa de partido, por avanzado que sea, no logrará perforar ese fondo escatológico que arrastra el marxismo; tan sólo la fe, una fe tan violenta y desesperada como la que debe suplantarse, conseguirá rescatar las almas que se evadieron de los brazos misericordiosos del Señor» (pg. 85).

Esta incompatibilidad radical entre comunismo y cristianismo se basa en dos razones fundamentales: una, la concepción teórica absolutamente opuesta de los principios, y otra, la actitud práctica de violencia y destrucción que anima la actividad de aquél. Como escribe Embid en el prólogo citado: «El comunismo se opone al cristianismo, y es radicalmente incompatible con él, por dos razones principales: la primera, práctica. Porque se comporta como la violencia absoluta, la coacción, la negación y quebrantamiento de la libertad, que es lo cristiano. Pero aún hay una razón más profunda: Antes de llegar

a sus consecuencias prácticas, ya en el terreno práctico, es el comunismo incompatible con el cristianismo por sus propios principios, porque implica y se basa en una concepción del mundo que excluye la espiritualidad, la consideración de la vida del hombre como tarea noble y alta; en efecto, el comunismo cuenta en primer lugar con los apetitos, con el instinto inferior, y construye su dogmática ateniéndose a las leyes prehumanas del materialismo dialéctico» (pg. 13).

Por eso las actividades parciales son totalmente equivocadas: «Se equivocan, por consiguiente—afirma Mellid—los que pretenden librar batalla al comunismo oponiéndole programas socialistas, en que son recogidas muchas de las llamadas «aspiraciones proletarias». Tal procedimiento estimula la convicción de estar en el camino de la verdad; un tanto de socialismo exige más socialismo; un marxista es un hambriento de totalidad» (pg. 85).

Esta oposición cristiana, a la vez que decidida, debe ser serena y constructiva.

Decidida: «Nos encontramos, pues, ante una disyuntiva frente a la cual todo hombre ha de elegir. No hay términos medios, ni callejones a través de la tierra de nadie. El que es cristiano no puede ser comunista ni filocomunista, y viceversa. Hay un frente moral, además de un frente físico, y la gente ha de estar a un lado o a otro de la barricada» (p. 11).

En este mismo pensamiento abunda Mellid: «El marxismo nos impele a un campo de decisión sin posible disyuntiva. Estamos hoy como el día primero de la creación; si el nuevo y pavoroso pecado original llegara a consumarse, la humanidad retrocedería a la época anterior a la Encarnación del Hijo de Dios. No puede dudarse de que esto lo quieren con voluntad activa millones de seres humanos; de aquí la gravedad del conflicto a que asistimos. De aquí también la claridad del dilema que antes planteamos; no cabe una tercera posición en esta lucha de filosofías: el materialismo marxista o comunismo soviético se levanta amenazador frente a la forma sustancial y eterna del cristianismo» (pg. 24).

Serena: Por otra parte han de ponderarse los peligros y hemos de aprestarnos a la lucha sin nerviosismo, y apoyándonos también en fuerzas superiores a las naturales.

Es el mismo Embid quien recuerda este certero criterio: «Todo esto, los cristianos hemos de saberlo y considerarlo sin nerviosismo. Sin miedo... Parece muy cuerdo, y sobre todo muy cristiano, pensar los peligros ciertos con confianza en Dios, es decir, con serenidad. La serenidad es otro rasgo de la actitud espiritual propia del cristiano. Es signo de la madurez individual y colectiva que a los hombres y a las sociedades proporciona el hecho de considerar las cosas con visión superior a la natural.

Positiva y constructiva: «En general, escribe el mismo autor, podemos reconocer, con la mano en el corazón, que pocas cosas son más antipáticas y menos proselitistas que las posiciones de mero «anti». A los cristianos, esto no nos basta... No podemos limitarnos a defendernos, ni siquiera a defender el depósito heredado, sino que hemos

de transmitir la tradición recibida mediante la construcción del porvenir. Lo nuestro es luchar sin descanso hasta que—¡Dios ayuda!— logremos edificar el orden cristiano del futuro. La nuestra es, esencialmente, una acción no defensiva y negativa, sino positiva, constructora, una acción de edificación».

Esta acción constructiva ha de consistir en la restauración de la vida cristiana en los pueblos, luchando por eliminar y superar los defectos de la sociedad capitalista. Es preciso romper a cualquier precio con los procedimientos y tendencias del capitalismo, cuyas injusticias son el clima propicio para la germinación marxista. Como dice Fraigneux, «si los cristianos queremos que la mística evangélica impida a los comunistas la conquista del mundo y emprenda un nuevo vuelo, es necesario desde luego que trabajemos sin descanso para encarnar en todos los terrenos de la vida el espíritu de desprendimiento y renuncia. Se necesita, en absoluto, romper de una vez brutalmente con los procedimientos y tendencias del capitalismo. Esperamos con impaciencia de los discípulos de Cristo que cesen de facilitar un fundamento aparente a la crítica marxista por su indulgencia demasiado frecuente con ese sistema» (pg. 378).

Aparece, en suma, ese irreductible antagonismo entre ambas posiciones, cristiana y marxista. No es posible el diálogo sin que una de las partes renuncie a sus postulados esenciales. Por eso escribe el mismo autor citado: «Utópico sería desde entonces por parte del cristianismo querer conversar con el marxismo; no llegaría a aprehenderlo en su centro, porque ese centro nada ofrece sólido y duradero, porque se disuelve en contradicciones y sofismas. Dirigidas al comunismo doctrinal las interrogaciones y las invitaciones al diálogo, se corre siempre peligro de engaño, porque se refieren a un sistema que no ha deslindado sus posiciones, que mezcla los planos y que, en consecuencia, jamás podrá formular más que una respuesta provisional... ¿A qué, pues, engañarse con esperanzas inconsistentes? ¿Y cómo no registrar con estupefacción los informes ingenuos de algunos cristianos en favor de la conciliación de los puntos de vista doctrinales del cristianismo y del comunismo? Cuando vemos a hombres que se ponen a trabajar con el designio de hacer coincidir en un ideal común dos concepciones que difieren radicalmente en sus actitudes con respecto del sentimiento general de la vida, de sus fuentes, de sus tendencias, de sus expresiones, de sus fines, nos preguntamos dónde tienen la cabeza» (pgs. 329-330).

Causas de la expansión comunista

Entre las múltiples causas que contribuyen a la expansión del comunismo, unas son *internas* al sistema y otras *externas*.

Casi todos los autores enumeran entre las internas la *coherencia teórica y la organización pseudocientífica del sistema; su carácter real y elementalista, presentado con visos de generosidad y de progreso; su espíritu mesiánico y conquistador; el universalismo que le anima, y su fuerza activa y revolucionaria.*

Apariencia científica y unidad lógica del sistema.—Mellid se lo advierte al lector desde el preámbulo de su libro: «Principal problema de nuestro tiempo es que se advierta la coherencia teórica y práctica de las doctrinas que amenazan a nuestro sistema de vida. Ni Rusia, ni el comunismo, ni los socialistas extremos o moderados, son el sólo enemigo que se propone nuestra destrucción. La conjuración es mucho más profunda y extensa; está representada por los *principios activos* del materialismo dialéctico de Carlos Marx, tanto en su desplazamiento al campo científico como al social» (pg. 20). Y más adelante: «La unidad doctrinaria del marxismo, en esto como en todas sus deducciones, es de una lógica demoledora. Lo que puede aducirse como falsedad, en este caso, no invalida a la parte afectada, sino a todo el sistema. Las conclusiones del materialismo histórico son inobjetables; lo que es insanablemente nulo es su punto de arranque, su concepción del mundo originaria, su ambición de sustituirse a los planes de Dios» (pg. 54).

Ningún otro sistema ofrece la pegajosa simplicidad y la aparente lógica del comunismo: «Este es otro de los motivos que ha facilitado el incremento del marxismo—escribe el mismo autor—. Las gentes no quieren pensar, pero tampoco quieren renunciar al orgullo de considerarse *seres pensantes*. En esta enorme superchería reside la injustificada progresión, en el último siglo, de las *ideologías sistemáticas*. Entre ellas, ninguna ofrece la pegajosa simplicidad y la aparente lógica del comunismo. Es un sistema que lo da todo encasillado y resuelto; ofrece una explicación *coherente* del mundo, a base de percepciones inmediatas y de leyes elementales» (pg. 96).

Esto mismo explica el fenómeno de pseudointelectualismo en bloque que ha provocado y que caracteriza al marxismo: «A poco que se analice, se advertirá que ninguna filosofía social, en época alguna, ha trascendido del marco de las minorías intelectuales; solamente el marxismo ha roto todos los diques y pasado al dominio de las multitudes.

«De aquí el fenómeno de *intelectualismo en bloque* que ofrecen las células comunistas y los sindicatos socialistas. El «intelectual marxista» es un tipo especial de dialéctico y polemista; adopta el método de la suficiencia y se escuda en la «falta de preparación» de sus oponentes para asimilar las «nuevas verdades». Cuando Marx habló de *la miseria de la filosofía*, no advirtió que estaba promoviendo una filosofía de la miseria, una filosofía de andrajos, un «lumpenproletariat» de la filosofía» (pg. 97).

Elementalidad realista.—Es el mismo Mellid quien subraya la elementalidad del marxismo: «Su repertorio de ideas ha sido trazado sobre un *terreno realista*, y a base de operaciones elementales. Su atractivo reside, precisamente, en esa *elementalidad* de sus reacciones. Doctrina simple, sin complicaciones especulativas, atenta sólo a las necesidades de la acción, subyuga con facilidad a los espíritus ignaros de la muchedumbre. Su táctica consiste en poner en movimiento los estados emocionales de las masas; en suscitar una especie de exaltación mística, útil para dar empuje y decisión a los movimientos socia-

les. El arrebato y la impulsibilidad constituyen los motores artificiales de tan artificiosa ideología. Esto explica la innata barbarie y la arrolladora violencia de que están poseídos los cuadros marxistas: su *emocionalidad* se edifica sobre los escombros de la *racionalidad*» (página 47).

Y aún puede admitirse que «no obstante todas estas contradicciones e iniquidades, la intención de los fundadores del socialismo—desde el punto de vista teórico—fué generosa y progresista. Ellos creyeron—dice Mellid—que el avance de la humanidad, por aplicación del método dialéctico a la historia, sería incalculable» (pg. 64).

Mesianismo y exaltación mística.—Entre los múltiples tópicos comunistas—la sociedad sin clases, la abolición del Estado, el paraíso de la futura sociedad, etc.—, ninguno provoca tanta exaltación y esperanza como el mito de los obreros y la dictadura del proletariado: «El mito de los obreros tiene una eficacia decisiva, porque genera nuevos mitos, entre los cuales el más importante es el de la *dictadura del proletariado*. Todos saben que esto es una ficción escandalosa; pero los obreros se complacen acariciando una ficción que, aunque no tenga otro valor que el de las palabras, les acuerda un derecho *potencial* a la primogenitura. Por el momento, la interpretación dogmática de esta mitología descansa en una minoría astuta y oportunista, autorreconocida como depositaria infalible de los *intereses* de los pobres» (páginas 99-100).

La promesa de emancipación y la ruptura de todos los frenos dan al comunismo un impulso arrollador: «Claro que en esto mismo (aunque repugne al enfoque crítico) arraiga su poderosa vitalidad. Sus inmensas posibilidades extensivas provienen de la elasticidad de las normas que le son propias. La promesa de emancipación, lanzada a los millones de seres que se sienten oprimidos por un complejo de inferioridad, ha sido fecunda para el desarrollo masivo de los cuadros. Más que la *esperanza* remota de emancipación económico-social, le ha valido al marxismo esta certidumbre de una inmediata emancipación moral. La doctrina comunista posibilita la ruptura de los frenos e inhibiciones impuestos por los sistemas religiosos o sociales; permite una degradación elegante, científica y doctrinaria» (pg. 84).

Universalismo.—La concepción unitaria internacional y universalista es otra característica del marxismo: «La idea del universalismo está en la raíz de la interpretación materialista de la historia. La visión de todas las actividades, enfocadas en función de un principio material, no puede ser sino única, es decir: ecuménica, comunitaria e internacional» (pg. 61). De ahí que, desbaratar los nacionalismos y la religión, es uno de los postulados de la aspiración totalitaria y mesiánica del marxismo: «el materialismo histórico, animado de espíritu mesiánico, aspira a constituirse en un verdadero *universalismo*».

Lo ecuménico lo aportan las organizaciones obreras internacionales; su primer deber será el de abatir los dos sillares en que se asienta la sociedad cristiana: la religión y el nacionalismo. La concepción marxista del mundo se basa en la primacía universal de la materia. En esto se origina su universalismo» (p. 55).

Fuerza activa y revolucionaria.—El marxismo, como totalidad, entraña la expansión, que no es otra cosa que la revolución activa y permanente: «Su proyección abarca a la generalidad de los pueblos y naciones. Esta certidumbre (debidamente documentada, por lo demás), nos obliga a situarnos ante el verdadero enemigo; que no es Moscú, ni la Kominform, ni estos o aquellos Estados soviéticos, ni estos o aquellos hombres, sino el *marxismo como totalidad*, como idea y como realización, como filosofía y como práctica, como sustancia ideológica y como instrumento de expansión» (pg. 38).

De ahí su poder corruptor y su táctica de lucha y revolución violenta: «Pero lo que tiene de devorador e inicio el socialismo ruso no es un valor de creación propia ni un producto de su originalidad. El enemigo de la humanidad que todavía ama sus tradiciones y sus principios es el marxismo, dotado de enorme poder corruptor y alentado por la pujanza internacional de la Unión Soviética... No se trata de frases más o menos insidiosas, pero sin contenido. Desde el Kremlin se agita hacia todos los vientos la bandera de la revolución mundial. En los países occidentales de Europa y América existen verdaderos escuadrones dispuestos a lanzarse al asalto» (pgs. 38 y 56).

Numerosas son también las causas *de orden externo* que han colaborado siempre a la difusión del comunismo en el mundo entero. Merecen destacarse *su propaganda falaz y activísima, los malos cristianos y las injusticias de nuestra sociedad, la insidiosa y hábil identificación entre religión y capitalismo, y sus atroces y sangrientas represalias en masa.*

Kolnai hace una observación aguda sobre la propaganda del comunismo: «Señalemos, dice, a este propósito, un peligro de la propaganda comunista que no ha sido suficientemente advertido. El carácter extremista, diabólicamente mentiroso y absolutamente desvergonzado de esta propaganda; su desprecio total por todo escrúpulo de objetividad o veracidad; su flexibilidad sin límites según las exigencias de la «situación práctica», engañan, en cierto sentido—de rechazo, por así decirlo—, incluso a aquellos que, en vez de ser sus víctimas, se alejan de ella con la repugnancia que merece. Estos individuos se sentirán demasiado inclinados a creer que la propaganda comunista no es más que mentira, que tras ella no hay ninguna fuerza motriz de convicción «sincera», que sólo puede ser obra de criminales y conspiradores vulgares. Criminales y conspiradores, seguro; pero vulgares, de ningún modo» (pg. 64).

La inautenticidad de los cristianos y sus graves injusticias son otros dos poderosos factores de la expansión comunista.

El testimonio de Douglas Hyde, que recoge Mellid, es elocuente: «Es fenómeno, dice, apuntado por Douglas Hyde, que militó veinte años en el comunismo británico. Su experiencia le mueve a declarar que el marxismo no es un problema social o político, sino *espiritual*. Para él, la falta de una fe auténtica en los hombres de hoy los lleva a la falsa fe del comunismo. Este, dice el autor, «proporciona al hombre un sentido de dirección, un objetivo a su vida, una causa por la que luchar, un ideal al que sacrificarse y, si es necesario, por el cual

morir» (pg. 74). Es un fenómeno de vacío y angustia espiritual: «El elemento esencial que lleva a tantos millones de seres desgraciados a las filas marxistas, es de naturaleza psicológica. El propio sujeto de esta experiencia no tiene consciencia del drama que lo arrastra; es la víctima de una angustia vital, de un fenómeno de vacío espiritual, de una necesidad de evasión que lo oprime y tortura. Exactamente igual que lo sucedido con el *protestantismo*, cuya injusta prosperidad sorprendió a los mismos iniciadores» (pgs. 76-77).

En cuanto a las injusticias de nuestra sociedad, nos advierte Fraigneux: «...reconozcamos, sin embargo, que en el terreno social, muy especialmente, el marxismo ha sacado a plena luz verdades menospreciadas vergonzosamente por un mundo demasiado cerrado al soplo del espíritu de justicia y caridad. Hasta podemos confesar que el marxismo ha impulsado un movimiento que, sin partir necesariamente de él, presenta en sus denuncias y reivindicaciones algunos de los elementos primordiales debidos a su inspiración... La importancia social del pensamiento y de la acción de Carlos Marx es tal, que todas las agrupaciones que, desde mediados del siglo pasado, se han propuesto el mejoramiento de la clase proletaria, han comenzado por definir sus posiciones en relación con la tesis de Marx» (p. 358).

Para romper el muro más fuerte a su penetración, que es sin duda el religioso, el comunismo siempre ha procurado identificar insidiosamente la religión, particularmente la Iglesia Católica, con el capitalismo. Como escribe Mellid: «para lograr sus fines, la doctrina del materialismo histórico se ha empeñado en guerra abierta contra el capitalismo y la religión. Es sabido que sus parciales siguen la táctica de identificar a la Iglesia Católica con el capitalismo. Es una forma positiva y directa de actuar sobre las masas ignaras. Ellos saben muy bien que la Iglesia es eterna y que viene desde el fondo de los tiempos; saben, igualmente, que el *capitalismo* es un fenómeno de acumulación de capitales que apenas tiene un siglo de existencia» (páginas 129-130).

Finalmente, la implantación del comunismo presupone la abnegación de los pueblos por un mar de sangre: «La máquina del progreso, que deberá arrastrarnos a la edificación del socialismo, necesita el combustible de millones de seres quemados en sus calderas. El ejemplo de Rusia soviética es más que revelador. Apenas implantado el régimen bolchevique, entre 1917 y 1922, perecieron alrededor de doce millones de personas por causa de procesos, ejecuciones y hambre. Las depuraciones stalinianas, realizadas entre 1936 y 1938, llevaron al patíbulo a cincuenta mil rusos. En la actualidad se calcula en no menos de veinte millones el número de ciudadanos soviéticos, de uno y otro sexo, que yacen en campos de concentración, sometidos a trabajos forzados, bajo la acusación de «desviaciones ideológicas» (páginas 98-99).

Contenido doctrinal

El libro «*Le Marxisme*», de Henri Arvon, Agregado de la Sorbona, es un estudio profundo y científico del contenido y nervio doctrinal

del marxismo. En cuatro capítulos, *la dialéctica, la alienación, la praxis y la plus-valía* presenta este sustancioso compendio cuyas ideas principales queremos resumir.

La dialéctica.

La dialéctica marxista se basa en la hegeliana. El ejemplo tradicional es el del señor (tesis) y el esclavo (antítesis). El estoicismo es la síntesis que reconcilia los principios del señorío y la esclavitud, reuniendo en su seno el dominio de sí mismo y la esclavitud libremente consentida. Señor y esclavo son correlativos y opuestos: se atraen y se repugnan a la vez. Por este antagonismo insoportable tienden a integrarse en un nivel superior: el estoico.

Hegel apenas emplea tesis, antítesis y síntesis, sino afirmación, negación y negación de la negación. «Lo que es negativo es positivo en cuanto lo consideramos como tal». La negación de la negación es la afirmación que ha sabido vencer la negación, enriqueciéndose con su contenido. El estoico es el señor que sabe aprovechar la experiencia del esclavo.

La relación entre afirmación y negación se llama alienación. La alienación, suerte del esclavo, entraña el sufrimiento y la justificación de la lucha liberatriz. A ella se pone fin por la reapropiación de los elementos hostiles en el seno de una unidad superior.

La dialéctica, para Hegel, se aplica al espíritu. La realidad es una alienación a la que el espíritu deberá poner fin. Siendo la razón la sola realidad, el mundo no puede ser más que racional.

El paso de la dialéctica hegeliana a la marxista se hace por una inversión de los papeles: no es el espíritu lo que sólo existe, sino la materia, y aquél es un reflejo de ésta. Se ha llamado a esto materialismo histórico y dialéctico. Marx no emplea estos términos unidos. El y Engels subrayaron más la dialéctica que el materialismo, y más lo histórico que el lado material. Esta terminología significa una evolución que cristaliza en Stalin.

Su materialismo no es estático y mecanicista, sino dialéctico y dinámico. El antiguo materialismo de Feuerbach—la idea nace de la realidad, no la realidad de la idea—lo completa Marx arrancando la realidad al absoluto vago en que estaba y colocándola en la corriente de la historia.

¿Es una concepción puramente materialista, o una reacción contra el idealismo de Hegel? Sea lo que sea, el materialismo histórico, partiendo de las condiciones económicas, no excluye—como dice León Blum—todo elemento espiritual.

Tres temas principales en la dialéctica: 1. Paso de la dialéctica de Hegel a la marxista. 2. La dialéctica marxista, opuesta a la proudhoniana. 3. Relación entre la realidad y la dialéctica de Marx.

1. La conciencia de Hegel es una conciencia activa que obra por su propio perfeccionamiento. Es un trabajo espiritual abstracto que

no liberará al hombre de su alienación real: El trabajo de Marx es real, liberador, encuadrado en la vida misma de los hombres.

Por el trabajo, el hombre domina la naturaleza y se siente miembro de la sociedad. En el régimen capitalista, el trabajo oprime al hombre, que se ve obligado a «alienar» su trabajo (venderlo). Luego ese régimen hay que suprimirlo por una demolición radical, una acción revolucionaria.

2. A Proudhon le critica el no haber entendido bien el método de Hegel. Sólo admite dos elementos: la justicia absoluta y las fuerzas antagónicas. Las actuaciones teóricas de los economistas las eleva a ideas eternas e inmutables. En vez de oponer los elementos de su época quiere suprimir el mal, y éste es su grave error, porque el mal es el que produce el movimiento de la historia por la lucha. Suprimiendo el tercer elemento se ve obligado a admitir una Providencia.

3. La voluntad de exponer los hechos económicos en forma dinámica le lleva a Marx a la dialéctica. Convencido—contra Hegel—de la primacía del concreto, busca primero todas las contradicciones internas de la sociedad capitalista. Profundizando en ellas, llegará a descubrir sus leyes internas y su unidad profunda: es la hora de la dialéctica.

Al evolucionar este método se ha acabado por fijar cuatro principios sobre los que reposa la dialéctica:

1.º La totalidad.—Concepción del mundo que engloba una doctrina social, política, económica y filosófica. Sitúa al hombre en sus perspectivas temporales, viviendo según el régimen capitalista.

2.º El devenir.—Presenta la realidad bajo la forma de un círculo animado de rotación perpetua. Toda verdad es provisoria. Sobre todo la moral; producto de la evolución económica, que subordina toda ética al interés de clase. El proletariado tiene el imperativo categórico de derribar todas estas condiciones.

3.º La contradicción.—Se da entre la burguesía y el proletariado, hasta que éste se emancipe por la revolución. Esta contradicción lleva, por una suerte de autodinamismo, a la evolución.

4.º La variación cualitativa.—Los cambios cuantitativos—dice Hegel—llega un momento que se hacen cualitativos. Nada de variaciones cuantitativas de la sociedad, pues, sino una variación cualitativa, a fondo, por la revolución.

La dialéctica es el más firme sostén de un marxismo revolucionario.

La alienación.

Influido por la filosofía clásica alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés, Marx se familiariza con la táctica de la lucha de clases y agrupa la realidad humana alrededor de un tema, la alienación, que tomó de la filosofía de Hegel:

Feuerbach aplica este concepto para su crítica de la religión. Hay que luchar contra la alienación religiosa, que lleva al hombre a Dios. El Dios del hombre es el hombre mismo. Más tarde opone este antro-

poteísmo a la filosofía especulativa de Hegel : la lucha contra la alienación no es una tarea de la conciencia, de la reflexión, sino del hombre concreto, de la acción. Esta lucha no es posible sino en el seno de la colectividad, en la realidad social.

Marx aprovecha esta crítica de Feuerbach para extenderla a toda alienación, a todos los temas de la realidad humana :

—Luchar contra la religión, opio del pueblo, simple superestructura, es luchar contra el estado de cosas actual que la favorece. El proletariado será el corazón de esta emancipación. La filosofía, la cabeza. El ateísmo marxista se basa, no en la pura negación de Dios —ateísmo clásico—, sino en la afirmación del hombre.

—El Estado no tiene primacía sobre la sociedad—Hegel—sino al revés. Hay que poner fin a esta alienación política estableciendo la «verdadera democracia» con la abolición de la monarquía y el sufragio universal. La emancipación religiosa no se confunde con la emancipación política : el Estado ateo se hace él mismo un dios. La Revolución francesa, distinguiendo y separando al hombre del ciudadano, permite, bajo pretexto de emancipación política, que el burgués egoístamente abandone al proletario en la miseria. Es necesario que la vida colectiva sustituya al egoísmo de la sociedad actual.

El Estado es el instrumento de que se sirve la clase dirigente para dominar a la clase esclavizada. Desde que la sociedad se escindió en clases fué necesario acudir a un árbitro superior : el Estado. Cuando las clases desaparezcan, el Estado desaparecerá también.

—La alienación económica nació al lograr el hombre, mediante la división del trabajo, crear un poder social superior al de cada individuo en particular. Separado el producto de la actividad humana de su productor, cristaliza en el dinero, propiedad privada, causa de la opresión. El capital tiraniza tanto a proletarios como a capitalistas. Las cosas mandan a los hombres y éstos las adoran : es lo que llama él «Fetichismo».

—La alienación ideológica establece una pantalla entre el mundo de las ideas y la realidad concreta. No basta una emancipación o revolución consciencial—Bauer, Stirner—, pues ésta deja al hombre esclavizado en la realidad. Esta conciencia soberana se pudo dar a causa de la división del trabajo en manual e intelectual. Como la producción avanza constantemente, esta clase social quedó retrasada sobreviviendo con sus ideas, su conciencia.

La lucha contra la alienación es optimista, basada en el progreso constante de la historia, pero al tiempo profundamente trágica : basada en la destrucción.

La alienación se concretiza en la propiedad privada, causa de todas las divisiones. Suprimiendo toda propiedad, aun la de la mujer, se llegará a la verdadera sociedad comunista, gracias a la fusión de la vida individual y de la colectiva.

El comunismo, así, realiza la filosofía, uniendo en la realidad concreta lo particular y lo general, que los filósofos sólo pudieron hacer por la abstracción.

La praxis.

La praxis es la actividad práctica humana. Las críticas hechas al humanismo de Marx, por concebir al hombre como a un «ser genérico», le obligan a colocar al hombre en su horizonte histórico. El hombre está dialécticamente determinado por la historia que el mismo determina, y que le llevará a la transformación social.

El comunismo, que hace una llamada a la actividad práctica del hombre, es esencialmente económico. La realidad económica histórica es ésta: la producción material, la infraestructura, determina los demás aspectos o superestructuras. El hombre transforma la materia y la producción avanza siempre, mientras el estado social permanece, frenándola. Pero las fuerzas productoras triunfan y la revolución restablece la armonía.

La estructura social modifica la producción y viceversa. El materialismo histórico insiste, pues, en transformar el mundo por la técnica de la producción, distinguiendo en la realidad dos grupos: la infraestructura económica o modos de producción, y la superestructura de orden social, político e intelectual que son condicionadas por aquéllos, influyendo a su vez en ellos. Así, la historia se divide en cuatro grandes épocas: el comunismo primitivo, donde no existía división de trabajo; la esclavitud, donde existía esta división y comienza la propiedad privada; el feudalismo, donde se da ya la propiedad corporativa; y el capitalismo, donde la producción reviste carácter social. La propiedad debería ser, por tanto, social, y al no ser así se originará una desorganización profunda de la producción. De ahí lo provisorio de la época capitalista.

La conciencia no es una pura entidad espiritual, sino un producto social, en cuanto que ella revela al hombre la necesidad de entrar en relación con las cosas que le rodean. La «conciencia comunista» sólo puede surgir en la clase proletaria, que se da cuenta de su alienación y de la necesidad de la revolución. Aunque a veces se da también en algunos burgueses, a causa de la decadencia de la clase dirigente, que llega a juntarse al proletariado. La burguesía puede asimismo crear conciencia errónea en el proletariado.

Entre la conciencia, superestructura ideológica, y los fundamentos económicos, se dan relaciones diversas que se modifican en el transcurso de la historia:

—El lenguaje nace de la necesidad del comercio con los otros hombres.

—El derecho privado nace del concepto de propiedad privada. El derecho sucesoral influye en la economía determinando la repartición de la fortuna.

—La religión, propia de cada pueblo, se hace universal con el Cristianismo gracias a la economía del Imperio Romano. La Reforma luterana expresa las aspiraciones de una burguesía próspera.

—La filosofía, si se desarrolla en países atrasados económicamente, es por la división del trabajo en manual e intelectual. Pero la econo-

mía acabará imponiendo su ley a la filosofía, si bien indirectamente. El mismo materialismo histórico tiene un origen social, pues el capitalismo puso al desnudo la lucha de clases y el carácter económico de dicha lucha.

—El avance de la ciencia lleva consigo el avance de la técnica, y a su vez la orientación económica determina los proyectos de la ciencia.

—El arte y la literatura dependen estrechamente de las clases sociales. Su expansión en una libertad total no podrá ser más que cuando la sociedad sea libre, sin clases.

La noción de clase.—La manifiesta a través de todos sus escritos. No es original de Marx, sino que se encuentra en el socialismo francés. Propio de él es el señalar el fenómeno de la conciencia de clase, que opone los que se creen explotados a sus explotadores. Y busca la causa de esta superestructura en la infraestructura económica, donde existe un antagonismo entre los que tienen los medios de producción y los que sólo tienen su trabajo.

El mismo dice que lo que hizo de nuevo fué: 1.º, demostrar que la existencia de clases está ligada a las fases del desenvolvimiento histórico de la producción; 2.º, que la lucha de clases conduce necesariamente a la dictadura del proletariado; 3.º, que esta dictadura es la transición a la abolición de las clases en la sociedad.

La historia de la sociedad es la historia de la lucha de clases. Modernamente el combate se da entre la burguesía y el proletariado. La burguesía nació del descubrimiento de América y la creación de los grandes mercados mundiales, logrando la soberanía exclusiva. Transforma al hombre en una mercancía y echa por tierra los lazos políticos y religiosos antiguos. La burguesía no fué nefasta para la humanidad, sino que le fué necesaria para crear unas fuerzas productivas, que ahora son tales que es incapaz de dominarlas y causarán su disgregación. El proletariado, víctima hasta ahora de la opresión, está llamado a ejercer este dominio. Las clases medias o defienden sus intereses (cosa ineficaz) o se incorporan al proletariado. El sub-proletariado es la clase que se complace en su abyección. El proletario no se siente ligado ni por la ley, ni la moral, ni la religión. La revolución es inevitable: la burguesía produce sus propios sepultureros.

Los comunistas son la conciencia revolucionaria de la clase obrera. Quieren suprimir la propiedad privada porque el capital no es fruto del trabajo privado, sino del común. El suprimir la patria es una evolución necesaria a la que conduce la burguesía. Así se suprimirá la explotación de una nación por otra.

La conciencia revolucionaria es la comprensión de la estructura dialéctica de la historia. Los aristócratas afirman el predominio del pasado; la burguesía, del presente; y el proletariado, del futuro, futuro que sólo podrán conseguir por una transformación radical de la sociedad. Al ligar la conciencia de clase a una situación económica, Marx obtiene un paralelismo entre el antagonismo social (proletariado-burguesía) y el económico (fuerzas productivas-forma de propiedad). El capital es fruto de la rapiña, y el proletario es el resultado de una injusticia social.

La doctrina de Marx oscila entre la promesa de una evolución fatal (el capitalismo, autodinámicamente, tiende a su desaparición) y la exigencia de una revolución violenta, que podría acelerar su curso. ¿Cómo se hará esta revolución proletaria? Apoderándose del Estado, erigiéndose en clase dominante y estableciendo una dictadura proletaria, como transición necesaria para llegar a la supresión de la diferencia de clases. Su labor será el transformar, por una legislación económica y financiera apropiada, la propiedad privada en propiedad pública. El Estado, una vez conseguida la sociedad sin clases, pierde su razón de ser y desaparece. En esta etapa intermedia el trabajador cobrará según su trabajo: unos más y otros menos, puesto que el trabajo de cada uno es distinto. En la última etapa cada individuo trabajará lo necesario y se le dará lo necesario.

La plus-valía.

Influido por Ricardo y Adam Smith, nota Marx que el valor de cada mercancía está determinado por la cantidad de trabajo gastado. ¿De dónde proviene la plus-valía que enriquece al capitalista?

El proletario ofrece la fuerza de trabajo que le es necesaria para la producción al capitalista. Ahora bien, esta fuerza tiene un carácter doble: en cuanto valor de cambio se mide por los medios de subsistencia necesarios a su conservación, y no tiene valor fijo. En cuanto valor de uso, el obrero crea con su trabajo un valor superior al que representa su fuerza de trabajo. Dos partes, pues: trabajo necesario a la producción de una jornada de trabajo (que es lo que paga el capitalista) y un supertrabajo que el obrero realiza en beneficio exclusivo del capitalista. Hay, pues, robo.

La plus-valía está ligada con las otras partes de su doctrina: con la alienación filosófica, en cuanto implica la reducción del hombre a simple mercancía; y con la lucha de clases, en cuanto prueba la explotación del proletariado por el capitalista.

El fin fundamental de la producción capitalista—ya sea bajo la forma de monopolio natural (propiedad raíz), artificial, o por la rapidez de la circulación—es la creación de la plus-valía, la explotación del proletariado por la burguesía. Aunque la competencia influya mucho en esta producción, la plus-valía permanece intacta, pues lo que un capitalista gane de más por la competencia, lo pierde otro, sin variar en sí la plus-valía. De esta tendencia profunda del régimen capitalista parte Marx para analizar las contradicciones internas del capital:

1.º La economía capitalista busca únicamente el provecho o ganancia en los mercados. Pero cuanto más busca este provecho, tanto más seca su fuente. Y como sin él no puede vivir este régimen, él mismo se condena a muerte.

Hay dos medios de aumentar esta ganancia: la plus-valía absoluta (disminución de salarios y prolongación de la jornada de trabajo), que tiene un límite fisiológico y otro social impuesto por la ley; y la plus-valía relativa (intensificar el trabajo, volviéndolo más productivo),

que es teóricamente ilimitada, por el progreso técnico. La cooperación, la manufactura y el maquinismo han sido las etapas históricas de la producción capitalista. Con la máquina, la explotación del obrero es máxima, ya que trabajan también la mujer y los niños (pues no hace falta esfuerzo) y cobran entre todos los que debería cobrar él solo para sostener a su familia.

El capitalista tiende a perfeccionar y aumentar el capital constante (máquinas, materias primas) disminuyendo el capital variable (mano de obra). Y como es éste sólo el que produce la plus-avía, el provecho tiende a disminuir. El capitalismo busca solución a esto abriendo nuevos mercados, con la ayuda de una política imperialista.

2.º La segunda contradicción es que la acumulación de la riqueza lleva consigo una acumulación de pobreza.

Dos fases en esta acumulación: reproducción creciente del capital (el capital engendra plus-valía y ésta se transforma en capital) y centralización del capital (determinada por la competencia y el crédito). La acumulación del capital, perfeccionando la mecanización y necesitando, por tanto, menos obreros, engendra el paro, y de ahí la pauperización de las masas obreras.

Estas contradicciones se revelan por las crisis periódicas que se producen. Estas catástrofes se deben a la inestabilidad profunda del sistema económico.

El ciclo económico sería: superproducción resultante de acrecentar la productividad; crisis por el atascamiento de estas mercancías en los mercados, y disminución, por tanto, de la producción; nueva época de normalidad y nuevo aumento (este ciclo dura unos diez u once años, y cada vez durará menos).

La contradicción del capital cada vez es más grave. La catástrofe se aproxima. El comunismo, al completar la producción social por la propiedad social (suprimiendo la propiedad privada), sucederá al capitalismo.

Objeciones que el autor va señalando de pasada al comentar las diferentes partes de la doctrina:

—No desprecian las ciencias naturales. Elogian la teoría de las células, las de la constancia de la materia, y a Darwin, en el que ven «un fundamento científico de su teoría». Se da así en ellos un deslizamiento del materialismo histórico hacia un materialismo simplemente, que Engels resume en: «El pensamiento es un producto del cerebro».

—Es posible aplicar las leyes de la dialéctica al espíritu, que las descubre en sí mismo, pero ¿cómo aplicarlas a la materia, a no ser considerándola como emanación del espíritu?

Bernstein aboga, pues, por su desaparición. Los ortodoxos marxistas dicen: hay dos concepciones diversas, la materia mecanicista, inmóvil, y la dialéctica, donde todo es movimiento y cambio perpetuo.

¿Por qué el conocimiento del dinamismo de la materia implica el concebirla bajo una progresión triádica? Esta es la marcha del espíritu, pero no prueba a priori que sea igual el ritmo de la materia.

Conviene resolver esta objeción partiendo de Hegel: ¿Su sistema es un panlogismo, o mejor un pantragismo (todo tragedia), una con-

cepción dramática de la existencia e historia humana? Su filosofía —dice Georges Lukacs— responde a la situación social del siglo XIX, de contradicción y oposición entre individuo y Estado, pobreza y riqueza. Siendo la dialéctica así la expresión adecuada de la vida moderna, Marx la utiliza, partiendo de donde Hegel termina.

—¿Escapa el marxismo a su propia ley del devenir? Sí, dicen ellos, porque es una doctrina elástica, no rígida. Pero esto no se compagina con el estado final del comunismo, en el que se acabará la lucha de clases. Marx no habla de esto.

—Una religión que enseña que «Dios hace al hombre a su imagen y semejanza» consagra y garantiza la dignidad del hombre. La crítica, pues, religiosa del marxismo sólo se puede aplicar a ciertas creencias religiosas, a las deformaciones que la sociedad y el Estado pueden hacer padecer a la religión.

—Ante la promesa de una evolución fatal, la exigencia de una revolución violenta es un poco facticia: es como fundar un movimiento para facilitar la salida del sol.

—La doctrina de la pauperización de las masas obreras con el maquinismo se contradice en la realidad, pues de hecho el nivel de vida del obrero se levantó.

Origen filosófico y desarrollo histórico del comunismo

Origen filosófico.

Maurice Fraigneux, en su obra *El comunismo, mística inhumana*, dedica dos de sus más interesantes capítulos al estudio de los orígenes remotos e inmediatos del comunismo.

Partiendo del principio de que el origen marxista primordialmente es filosófico, pero no exclusivo, presenta primero al comunismo como resumen y última consecuencia del espíritu moderno, y analiza después las fuentes inmediatas y doctrinales de él.

La aparición histórica del comunismo sólo tiene explicación presentándole como la última convulsión de la crisis de la edad medieval, cuyo desenvolvimiento puede decirse que constituye la historia de la edad moderna con su clima de angustia y de zozobra. La causa más profunda de la concepción medieval, cuyo ideal vigoroso y recto se apoyaba en Dios, fué que no se cuidó en rejuvenecer y refundir los ejes de su cultura, de adaptar las formas de su civilización a las exigencias de las fuerzas que surgían. Pues bien, el comunismo congrega y prolonga entre nosotros la revolución filosófica de los tiempos modernos, que, a causa de su orientación atea, ha terminado en una total abdicación del hombre.

Durante largo tiempo, las ideas juegan en los cerebros, pero Marx se encarga de traducir en obras las reivindicaciones y exigencias que esas ideas llevaban dentro. Descartes, Malebranche, Leibnitz, Spinoza, Rousseau, Kant, Fichte, Schelling, van labrando esa desintegración del hombre en sus diversos aspectos. Mas todos los rasgos característicos y deshumanizados de estos sistemas tendrán acogida y aplica-

ción en el marxismo. Como dice Mellid, el marxismo es el epílogo de todas esas corrientes disgregadoras modernas: «Siguiendo la línea temática de la mentalidad predominante en su tiempo, Marx involucró y sistematizó, en una síntesis nueva, las tesis materialista-positivistas entonces en boga. El marxismo representa la cúpula o coronación del edificio mental, armado por las corrientes disgregadoras adversas al pensamiento tradicional...

La imagen más verídica del materialismo histórico es la de constituir el mausoleo en que reposará para siempre una concepción del mundo, extraída del fondo torturado y complejo de una época sin fe, sin grandeza y sin eternidad» (págs. 32-33).

Incluso debemos decir que es el desenlace lógico del protestantismo: «en realidad—afirma también Mellid—puede decirse que el marxismo es el desenlace lógico y la conclusión última del protestantismo. Marx escribió: «si el protestantismo no fué la verdadera solución, fué de todos modos una orientación para la tarea» (pg. 77).

Por eso «no es caprichoso, sin embargo, el sistema teórico del marxismo, es la coronación inexorable de una corriente de ideas que se inició con el protestantismo. Ya lo hemos visto en los terrenos de la religión y moralidad; podemos verlo, asimismo, en el campo de la economía» (pg. 127).

Las fuentes doctrinales inmediatas de Marx son Hegel y Feuerbach. El marxismo es la filosofía idealista de Hegel puesta al revés, pero fiel a su método filosófico dialéctico.

De Feuerbach hereda Marx la oposición y lucha furiosa a toda idea religiosa, o el principio de la alienación del hombre por la religión. Marx no limita esa alienación o enajenación o enajenación de los derechos del hombre al terreno religioso como Feuerbach, sino que la extiende a todos los demás campos. Por otra parte, Marx acabará de despojar a la dialéctica de todo vestigio idealista, aceptando el principio de Engels de que la vida económica es la que domina y determina la evolución social y política del mundo.

El P. Joaquín Cardoso, S. J., en un amplio trabajo—*El Comunismo y la conspiración contra el orden cristiano*—se propone demostrar que el comunismo es la prolongación del *Iluminismo*, y que tiene por tanto por fundador, no a Marx, sino a Weishaupt y sus colegas fundadores de los Iluminados: «Porque ordinariamente, escribe, entre la gran mayoría de los autores de nota, que han tratado en estos últimos tiempos del comunismo, se suele atribuir la paternidad de esta monstruosa calamidad de nuestros días a Carlos Marx, y así, se le designa frecuentemente con el nombre de marxismo. Y de los documentos y comentarios que expongo en este libro, resulta que dicho comunismo viene de más atrás, que tiene su origen en la secta de los Iluminados de Baviera, establecida en 1776, que el liberalismo de la Revolución francesa, el socialismo utópico que le sigue inmediatamente, el marxismo, el leninismo y el stalinismo, no son sino puros disfraces de oportunidad y conveniencia para una misma, y tan secreta como terrible, conjuración contra el orden cristiano de las sociedades; y por consiguiente, la paternidad de este engendro no ha de atribuirse

a Marx sino a Weishaupt y sus colegas fundadores de los Iluminados» (página 11).

La verdad es que de la larga historia que el P. Cardoso nos relata sobre el *Iluminismo* y el *Iluminismo y la revolución*, lo único que se deduce es que coincide con el marxismo en ser una conspiración contra el orden cristiano, pero sin que tenga nada que ver con la síntesis original y robusta que Carlos Marx nos presenta en su materialismo dialéctico e histórico. Dice el P. Cardoso que «el autor clásico del socialismo, Werner Sombart, marxista convencido, expresamente declara que Marx no inventó nada, sino que se contentó con reunir los elementos dispersos en los libros de los filósofos pasados, sin nombrarlos, por supuesto, y de ello resultó su teoría sobre el comunismo» (página 12).

Pero esta teoría no resultó como quiera. Aunque Marx no inventara nada, todos los autores, que han analizado sus obras, reconocen que la organización de esta nueva teoría ha sido tan coherente y vigorosa, que pocas habrán tenido mayor atracción, transcendencia e influjo en la Historia de la Filosofía y aún de los pueblos, como demuestra la expansión que hoy alcanza el comunismo. Y de esta teoría del materialismo dialéctico e histórico nada consta que haya dicho Weishaupt.

Por otra parte, la conspiración contra el orden cristiano tiene muchos representantes antes de los Iluminados, con los cuales posiblemente no tiene Marx menos parentesco que con éstos.

Desarrollo histórico.

Es interesante sobre este punto la visión que nos da el francés Henri Arvon, en su libro *«Le marxisme»*. Intentamos resumir su último capítulo, en el que trata de esta cuestión.

El marxismo, a pesar de su éxito creciente, ha sufrido la contaminación de ideas y épocas vividas por sus discípulos, lo que le ha llevado a dividirse en dos formas absolutamente distintas de la acción obrera: *el socialismo democrático y el comunismo dictatorial*.

En el siglo XIX, los comunistas franceses aspiran, ante todo, a la emancipación económica, a la que debe subordinarse todo movimiento político, contra la doctrina clara de Marx. Con J. Guesde, triunfa la ortodoxia marxista, pero en 1895 los sindicalistas se orientan hacia una acción directa, un esfuerzo constante de los trabajadores, en vista de su liberación, por la huelga, que más tarde Georges Sorel había de defender como medio de lograr el progreso moral, todo lo cual se aparta del esquema marxista.

A pesar de la incompatibilidad existente entre el idealismo democrático y el marxismo, el socialismo democrático nace nutriéndose de ambas fuentes, mediante la revisión del marxismo de Bernstein, que quiere orientar el movimiento socialista hacia una acción reformadora en el seno mismo de la sociedad materialista. Jarnés realiza en Francia esta fusión de ideas, dando gran importancia al progreso

intelectual y moral, rechazando la interpretación dialéctica de la historia y propugnando el pacifismo.

A partir de las guerras mundiales, el socialismo democrático se aparta cada vez más del marxismo, volviéndose hacia el humanismo. H. de Man confía al socialismo la defensa de los valores morales permanentes. La democracia y el cristianismo serían el cuadro ideal para su desarrollo.

Si el socialismo democrático se ha rendido ante la burguesía, no ha hecho lo mismo el comunismo dictatorial.

Lenin ha sido el restaurador de un marxismo íntegro. El leninismo es la teoría y la táctica de la revolución proletaria en general, y de la dictadura del proletariado en particular. En su crítica del Empiriocriticismo, se echa de ver que busca menos el prolongar la obra filosófica de Marx que el justificar su ardor revolucionario.

Aboga por el establecimiento del socialismo en Rusia, a pesar de no haber allí casi capitalistas ni proletarios. Pero se creará un minoría militante entre todas las clases sociales. La Revolución de Octubre triunfó, a pesar de estar el país atrasado económicamente. Marx previó esto en el «Manifiesto Comunista».

La tarea inmediata del proletariado revolucionario es la supresión del Estado burgués y la creación de un nuevo Estado al servicio del proletariado. En esta dictadura, por medio de la represión y de la dirección, se tiende hacia la desaparición final del Estado. La desaparición de la propiedad privada de los medios de producción conducirá al estado final del comunismo.

La táctica del marxismo habrá de ser, ni una falsa rigidez, ni una falsa flexibilidad, sino una armonía de ambos elementos. Rechaza así algunos puntos del programa de los extremistas alemanes, defendiendo la disciplina y sumisión a los jefes y el aprovechamiento de los Sindicatos y el Parlamento como medios de preparar la revolución. En el análisis económico del imperialismo, ve Lenin la llave de la situación internacional: la guerra del 14 le parece una lucha entre grupos de capitalistas monopolizadores.

El stalinismo es un marxismo que vuelve la espalda a todo determinismo económico, ensalzando la importancia del factor humano. Hay que mejorar la producción de Rusia para lograr una sociedad al nivel de esa producción. Como en el Kolkhoz aún los productos se cambian bajo la forma de mercancías, hay que ir sustituyendo este sistema de cambio y elevando la propiedad kolkhociana al nivel de la propiedad nacional. Traza un plan de disminución de horas de trabajo y aumento de salarios, etc.

Aunque se preocupa más de lo económico que de lo filosófico, sin embargo cumple el fin propio del marxismo al completar el pensamiento marxista por la acción, esclarecida y guiada por aquél.

FR. BONIFACIO LLAMERA